

# Nº12 Marzo 2023

*Puedes volver la cabeza y verme a mí.  
Estas sentada al filo de la carretera.  
Es temprano: los pasos de cebra están sin poner.  
Algún transeúnte se mueve entre las líneas  
imaginarias de las nubes.* **Jose A. Lablanca Ibáñez**



## Especial Mujer

en este número

DÉBORA POL  
JOSE MANUEL HIDALGO  
SÉBASTIÁN NOVAJAS  
VICENTE VALLS  
JORGE DE SANTAELLA  
FREY YORKE  
PILI DA SILVA  
MARCELO BIANCHI  
FLORA FORCHETTI  
PAOLA A. RINETTI  
LOLA ORTIZ VARGAS  
SONIA CONCARI  
PILAR PÉREZ VIÑUALES  
NEFTALÍ  
LOVELACE  
LA GALERÍA  
JULIA E. DE LA IGLESIA  
LUCÍA CALDERÓN GÓMEZ  
EDITH LOMOVASKY-GOEL

## Y MÁS

**"Masquerade"**  
**Noviembre**



# Con VOZ de MUJER

## DÉBORA POL

### Una niña de plomo líquido

Vi una niña de plomo líquido  
con un vestido de flores  
y un Kaláshnikov.

Una niña con los ojos  
maquillados con sangre  
Y una paloma de fuego  
dibujada con alambre en su mejilla.  
En medio del barranco  
donde agoniza las hadas y las ninfas  
hay una niña con máscara de muerte  
y zapatos de princesa.

Yo vi una niña  
que hacía corazones con el barro  
en medio de las trincheras  
y de los edificios deshabitados.

Una niña que jugaba  
con las bombas, y con las lágrimas  
entre las calles donde  
el tiempo era una calavera blanca.  
Y la esperanza una paloma sin ojos  
en medio de la calzada.

Yo vi una niña que era  
un borrón en medio de la guerra.



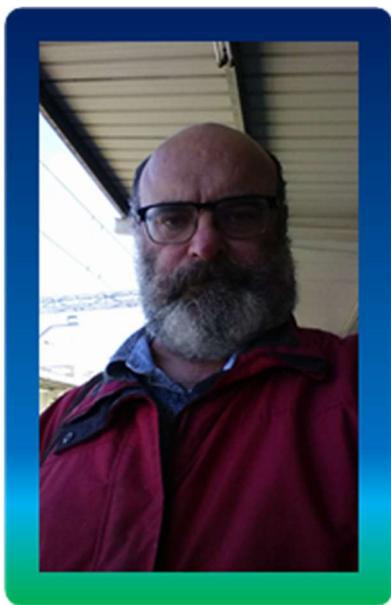
# Editorial El mundo es así (Baroja dixit)

Puedo decir que escribo para amigos. Mi colega en estos quehaceres “revistiles” me decía compungida: “la sociedad está polarizada”, y no tuve más remedio que asentir. No se debe escapar del redil, ni siquiera haciendo algo inofensivo (o a lo mejor no lo era tanto). La Revista Caminante, que no se vendía, era un problema para el sistema... No sé qué hacer pues, ya que he sido respetuoso, o eso creo, pero otros entienden mejor de negocios, y del negocio este de escribir al que ya nos apuntamos tantos. Me basta con saber que la idea era buena... pero echo de menos esos días finales de mes confeccionando el número del mes siguiente. Ideas sí tenía...

Nuestra portada, con su protagonista. una buena entrevista, con sus fotos, las secciones, con voz de mujer, los escritos de victoria, el concurso de ilustración, las cartas al director que ya teníamos... hemos hecho el deleite de mucha gente y el quebradero de cabeza de otra. Tengo un vacío dentro que intento llenar escribiendo estas líneas. Tú diras si lo consigo.

La revista Caminante daba voz a mucha gente y tenía una visión de largo alcance, convirtiéndose en un refugio de ideas y sensibilidad, de aquello que hablamos con nosotros mismos, o al padre o al amor que se fue o al paisaje donde encontramos consuelo e identidad. Identidad: esa vaga sombra que luchamos por aprehender, mientras la vida nos dice “no es eso, no es eso”. No queríamos ser partidistas, si bien fue necesario ver como acontecían las cosas con el covid-19. ¿La pregunta es “remontaremos”, o también “serán las cosas como antes” o también miraremos suspicazmente al vecino hasta que necesitemos salir?

Para vosotros voy a intentar que siga revista caminante, como fue concebida, una revista de creación literaria y gráfica, hablando de Cervantes y de Quevedo para que podamos decir que sí, que hay cultura. Lo que yo gano es un dialogo con vosotros, una presencia en vuestro solaz. una sonrisa escapada del circo...



El mundo de la edición y el de la autoedición están enfrentados. La autoedición hace negocio con los que quieren ser “artistas” con unas promesas de fama y presencia en las redes. Para el mundo de la edición son unos intrusos y los suelen excluir de las ferias y eventos que organizan. Y en la autoedición hay mucho cacareo para obtener el beneplácito del autor en potencia, ofreciendo por 800 mínimo lo que se ofrece por 100.

He autoeditado. Mi primer libro, que era de relatos, lo autoedite cuando en España no se hablaba de autoedición. Las promesas de fama... 1300 euros me costaron por 40 míseros ejemplares, unas postales y marcapáginas y las “invitaciones” a ferias del libro internacionales previo pago de 2500 euros y con todos los gastos a mi costa. Además perdí la oportunidad de presentar los relatos a concurso, dado que ya no eran inéditos. Y sí, estaba el libro en amazon, que ya veía el negocio... “impresión bajo demanda” lo llamaban entonces. Tú debías mover el libro.

MI primer poemario, de 2012, lo coedite en 2017 previo pago de 1000 euros, suponiendo que ellos ponían otros 1000 para hacer una tirada de 500 ejemplares que es el mínimo que considera el gremio de editores (que excluye a los autoeditores). En tres años vendí 140 de los 200 ejemplares que me correspondían a un precio de 10 euros. (en la web valía menos de 8. En el mismo periodo la editorial me dice que ha vendido uno, de lo que me corresponde 1,63 euros.

Por ultimo en noviembre pasado dirigí un mail al gremio de editores de poesía solicitándoles un directorio. Nunca recibí respuesta. Iba a publicar cinco libros a 800 euros cada uno. Pero pensé mejor y fui a A... publicando por 600 los cinco. Así que queda claro que la negligencia canalística del mercado neoliberal no tiene porqué ser un obstáculo, si uno tiene formación o corazón y ejerce. Nos condenan al silencio: “El mundo es así, (Baroja dixit)”.

# Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº12 Marzo 2023

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 32 páginas

a todo color. Precio: 5 euros

Distribución gratuita via email a los 5 continentes, previa solicitud. La Revista Caminante no se hace responsable de las opiniones y redacciones de los autores que la componen. La participación es libre y no remunerada. Los textos e imágenes enviados están sujetos al criterio del editor. El autor conserva los derechos sobre su obra.



## Cartas al editor

### RENUNCIANDO A SUBSIDIOS DE AMOR

San Valentín, a vos, santo protector de enamorados que bien entiende de amor dirijo esta epístola. Le envío la misma para decirle que yo, un corazón en paro por culpa de que fui engañado sentimentalmente por un tahúr del amor, renuncio a que me conceda subsidio alguno por desamor. Lo que si deseo es que en este año me conceda un puesto laboral amoroso digno. No pido que en la oficina suya me otorguen migajas amorosas que duran poco y ocasionan más pobreza sentimental, pues cuando se consumen esas dádivas queda el corazón más herido.

Ruego que esta vez sea una plaza de amor estable y fija, ya estoy cansado de ser sustituto. Llevo años y años opositando a obtener un puesto fijo amoroso y siempre, por una u otra cosa, alegan algo para despedirme o soy yo, quien al ser defraudado, solicita le den de baja y sin llevar otro finiquito que el gran dolor que supone verse desilusionado.

San Valentín, no quiero seguir engrosando las listas de fracasad@s en la actividad laboral, pues me considero con méritos para tener de por vida ese puesto que tan necesario es para gozar de una estabilidad en la vida. Ruego encarecidamente nos soluciones este problema a los corazones en paro sentimental y que, tanto yo, como el que en esa situación se encuentre le sea otorgada esa actividad que tan imprescindible nos es.

Nada de pobres subsidios amorosos que lo que hacen es desestabilizar más a los corazones. Con todo mi respeto espero sepa comprender mi petición.

Un corazón inactivo sentimentalmente.

Jose Reinaldo Pol García, Quiroga (LUGO)



*Masquerade, de Noviembre*

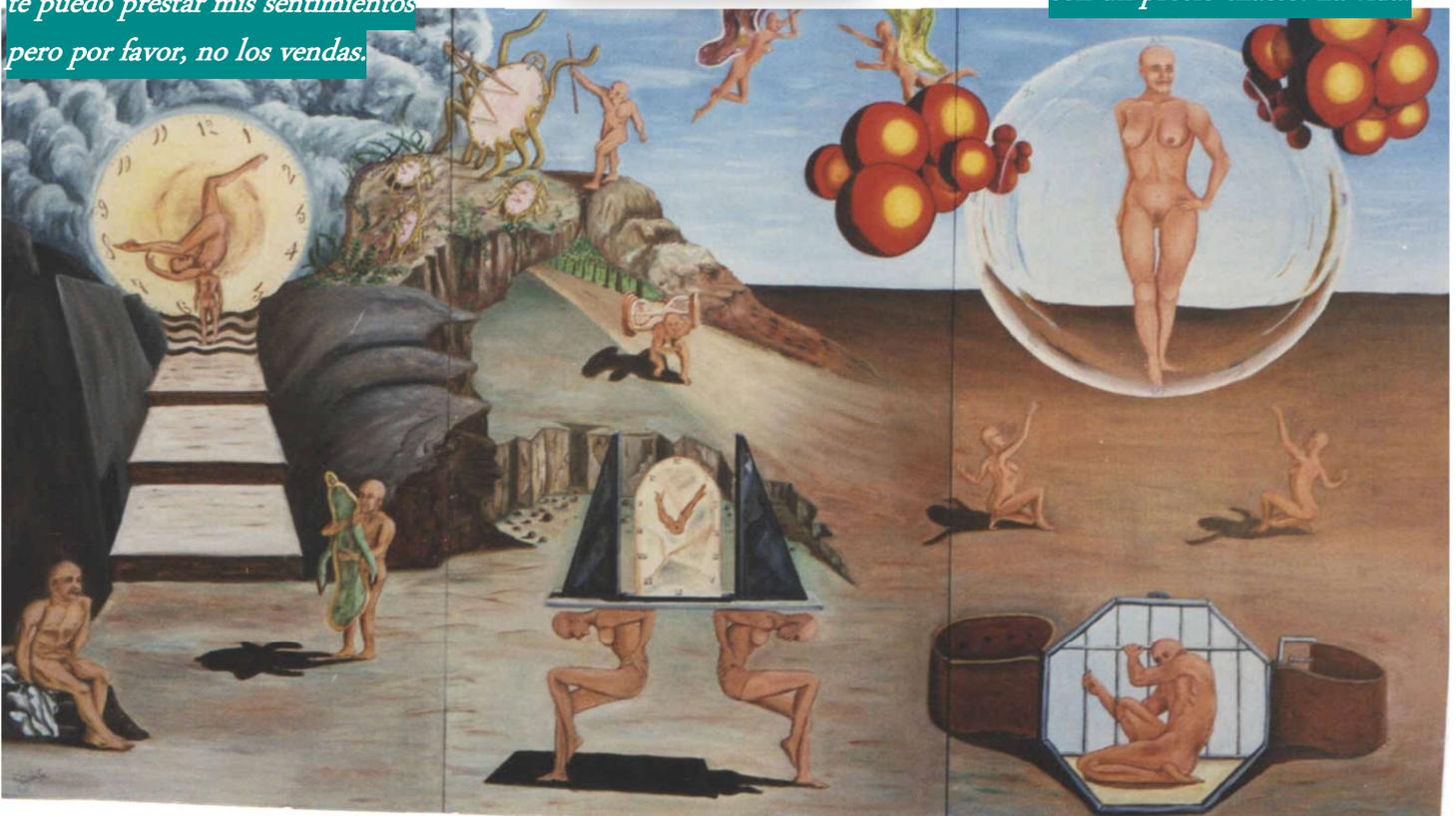
# LO PRESTADO

Texto y cuadro ("anatomía y tiempo") de

**JOSÉ MANUEL HIDALGO**

Siento como todo a mi alrededor.  
 Lo que soy, lo que siento, lo que vivo,  
 es prestado. Si. Prestado.  
 Nada me pertenece en propiedad.  
 Cielo, Sol, viento, agua, hasta mi soledad  
 me la prestan para no estar solo.  
 Vivir sobre un hilo de inseguridad  
 pendiente de cortar con bisturí  
 aquello que creías pertenecerte,  
 y es que andas engañado, entre  
 regalos y onomásticas sobre calendario  
 correteando por caminos de cremalleras,  
 donde  
 en cualquier momento, tendrás el  
 descalabro.  
 Te puedo prestar mi vida,  
 pero no me la quites,  
 te puedo prestar mis sentimientos  
 pero por favor, no los vendas.

Sé que mi alma tiene caducidad  
 por mucho que desee alargarla,  
 la naturaleza, me la prestó  
 y tendré que devolverla,  
 luego están las arrugas,  
 esos intereses que tengo que pagar  
 por los tiempos usados.  
 Nunca te fíes de un prestamista  
 pues su oficio y negocio no son las  
 perdidas,  
 usureros, indeseables, que te  
 arañan  
 hasta lo más entrañable.  
 Prestar, prestar, se presta todo,  
 ¿crees en la bondad? Inocente criatura  
 prepara tus vísceras y tu corazón  
 a ser posible vacío  
 pues llega el tiempo de pagar  
 con un precio exacto. La vida.



# HOMBRE LLUVIA/MUJER LLUVIA<sup>1</sup>

Un llanto simultáneo a la lluvia. Las canaletas como arterias tapadas. Gabriel con el impermeable empapado y dejado en el zaguán, al lado de unos helechos. Los zapatos mojados en el umbral de la puerta. Sacudió el paraguas y dejó la maleta azul marino a un costado. El sonido de la lluvia se apaciguó. Miró el pantalón, los bordes manchados con barro. El llanto desde del fondo del pasillo. La casa en penumbra salvo, por la cocina de dónde provenía el ruido de las voces de la suegra, y la cuñada. El ruido de unos platos de loza y el movimiento de sillas.

la niña nació bien,  
los ojos decían otra  
cosa. En el pasillo  
apoyada en la pared  
una pizarra de  
corcho y sobre el  
recibidor un  
cenicero hecho de  
conchitas

—El diluvio —dijo él. Dándole la espalda a los matorrales que hacían de muro natural en los bordes del jardín. Pensó en el chapoteo al tener que cruzar por el caminito de piedra caliza. No creyó nunca que se inundaría así. Caminó en dirección a la cocina.

—Es un barrial allá afuera —dijo él. La suegra apareció en la puerta de la cocina con un paño entre las manos y un delantal ensangrentado.

—Ya pario —dijo ella entre decepción y preocupación. Gabriel miró por sobre el hombro de la suegra. Del interior salió un olor a sopa de espárragos y dulce de membrillo. Antes que él

le preguntará, ella le respondió que la niña nació bien, los ojos decían otra cosa. En el pasillo apoyada en la pared una pizarra de corcho y sobre el recibidor un cenicero hecho de conchitas. Cosas que no veía hace años. Recuerdos que de seguro su mujer ordenó sacar. Tomó el cenicero y observó por todos los ángulos y lo dejó al momento en que el llanto se reanudó. Su suegra lo siguió con los ojos.

—Ahora esta con la vecina —dijo ella.

—¿El médico?

—No sé, con esta lluvia, está difícil la cosa...

—¿Pero vino a verla?

—Sí, en la mañana tempranito, después que naciera la criatura.

—¿Y?

—Que había que hacer exámenes.

Su cuñada desde el lavaplatos se giró para saludarlo. Las mejillas coloradas. Él sintió el calorcito de la cocina. Se soltó el cuello de la camisa.

—Chuletas al horno y chunchules —dijo ella.

La tetera silbaba. La cuñada apagó de inmediato el quemador. Buscó unas tazas y una lata con hojas de té.

<sup>1</sup>Ame otoko/Ame onna. Literalmente quiere decir Hombre o Mujer-lluvia, y se refiere a las personas cuya presencia siempre va acompañada de lluvia o de mal tiempo.

—¿No hay té en bolsa? —preguntó él.

—Se acabó anoche —respondió ella. El agua cada vez se oía más fuerte. Gabriel se preguntaba si los cimientos aguantarían. Unas goteras por el pasillo. Varias ollas puestas apenas cayeron las primeras gotas.

**Martina no le respondió de inmediato. Se apuntó a la garganta.**

**Inflamada, dijo ella con hilillo de voz y con una mano le hizo el gesto para que se acercase**

—Ayer se le cayó una pandereta de adobe al vecino —dijo la suegra. Él prestaba atención al té que servía su cuñada.

—Mejor voy a ver a la niña —dijo retrocediendo hacia la puerta.

—Espérese a que la vecina regrese, están en cosas de mujeres ahora, ya sabe.

La suegra avanzó hacia unas bolsas de mimbre sobre la mesa del living mientras Gabriel seguía parado, y sacó unas acelgas.

—La niña es media rara —dijo ella moviendo la acelga con la mano derecha de arriba abajo. Él no respondió a eso, se sacó el chaleco de lana y lo colgó sobre una silla. Soltó el nudo de la corbata con franjas de verde metálico y blanco.

—Voy a verla —dijo él.

—La niña es medio rara —repitió ella.

—¿Qué dice?

—Pero no se le nota a simple vista. No se ve, así como así.

Los zapatos comenzaron a dejar marcas de aguas antes de darse cuenta ya iba a medio camino por el pasillo. Se hurgó la nariz y luego revisó los pies; restos de hojas y barro. Buscó unos diarios y los colocó por los espacios que aún se mantenía virgen de sus zapatos. Se palpó la frente. Tibia y húmeda. La ceja le sangraba. Otra vez los puntos sobre la ceja izquierda se abrieron. Pasó al baño. El llanto de la niña se mezclaba con la caída de agua. Con una toalla de mano color vainilla sentado en el borde la tina presionaba con suavidad. Un escalofrío le recorrió la espalda. El goteo incesante de la llave que todavía no arreglaba, lo incomodaba ahora.

—Después de ver a la niña arreglo esto —dijo.

Se cubrió la nariz con el antebrazo al estornudar. Tiró la toalla a la ropa sucia cuando detuvo el sangrado. No había nadie en el pasillo. La luz del fondo alumbraba tenuemente. Al empujar la puerta. Vio a Martina con el rostro rojizo e hinchado, apoyada con el torso en el cabezal. Desecha y con una sonrisa sin mostrar los labios. La lluvia afuera se volvió refinada. La ventana con la cortina descorrida hasta la mitad, se observaban las gotas resbalando por el vidrio.

—Ahora parece más una garúa —dijo él.

Martina no le respondió de inmediato. Se apuntó a la garganta. Inflamada, dijo ella con hilillo de voz y con una mano le hizo el gesto para que se acercase. Ahora que estaba más cerca de los ojos de ella, vio la preocupación. En principio, pensó que era porque se encontraba indispuesta sobre la cama. Llevaba unas horas así. Desde que le avisaron en el terminal de buses anoche y desde que llegó casi nueve horas después, incluido el tiempo que perdió entre buscar un taxi, para luego terminar andando de un extremo a otro el pueblo.

—Fue rápido —dijo ella—. Más de lo normal.

Él se sentó a su lado. La cunita de la niña un metro más allá de la cama. No podía verla. Tampoco escuchaba su llanto.

—Hay pelusa debajo de la cama —dijo ella para sacar a Gabriel de su letargo.

—¿Ah?

—¿Mi mamá dijo algo?

—No mucho. No le entendí.

La vecina tocó la puerta, traía unas sábanas limpias, las dejó sobre una silla. Saludó a Gabriel, este apenas la miró. Martina se mordió los labios. La lluvia volvió a aunar fuerzas y el llanto de la niña emergió. Antes de poder verla; la suegra apareció con una agüita de manzanilla para la parturienta. Gabriel con la boca pastosa se pasó una mano y se quitó la sustancia blancuzca de las comisuras.

—Los puntos se te abrieron y algunos arañazos todavía se notan —dijo ella mientras le acariciaba la sien derecha—. Es un milagro.

—Quiero ver a la niña —dijo él. Hizo el ademán de levantarse. Martina lo agarró de una manga de la camisa y lo sujetó con fuerza y cabizbaja. Al oír eso la suegra salió en silencio. Martina le hizo un gesto con las manos sobre las frazadas. Gabriel otra vez se sentó a su lado y se arremangó la camisa. Los pies hinchados de ella se asomaron y él estiró los brazos, alcanzó sus dedos y con suavidad posó las palmas que presionaron un poco.

—El agua no para... El tiempo esta inclemente —dijo ella. Él no respondió.

—Desde que la niña nació el agua no ha parado —agregó ella.

—¿Qué le pasa?

Martina sacó de debajo de las sábanas un mechoncito de pelito. Gabriel los observó. Cenicientos. La cuñada desde la entrada: pálida. El llanto de la niña quebró el silencio y otra vez la intensidad de la lluvia aumentó.

—Toma —dijo ella.

—¿Qué es? —preguntó él.

La cuñada con una frazada fue hacia la cuna, pero se quedó a mitad de camino.

—¿Segura que lo vea, ahora? —preguntó ella. Martina asintió y Gabriel miraba a ambas.

Él decidió acercarse a la cunita. El llanto otra vez regresaba con más bríos. La cuñada dejó la frazada a los pies de la cama y salió persignándose.



**Sebastián**  
**Novajas**

# Eres Cauce

**Eres cauce.**

**Yo, agua turbulenta.**

**Hechicera eres:**

**yo, encantamiento.**

**Eres paloma,**

**soy vuelo.**

**Nota musical tú eres**

**yo, arpeggio.**

**Eres mística,**

**soy embeleso.**

**Eterna buscadora:**

**yo, encuentro.**

**Enamorada:**

**yo, sueño.**

**Eres pasión,**

**soy deseo.**

**Tú, herida profunda:**

**yo, unguento.**

**Pena tú eres,**

**soy consuelo.**

**Tú memoria.**

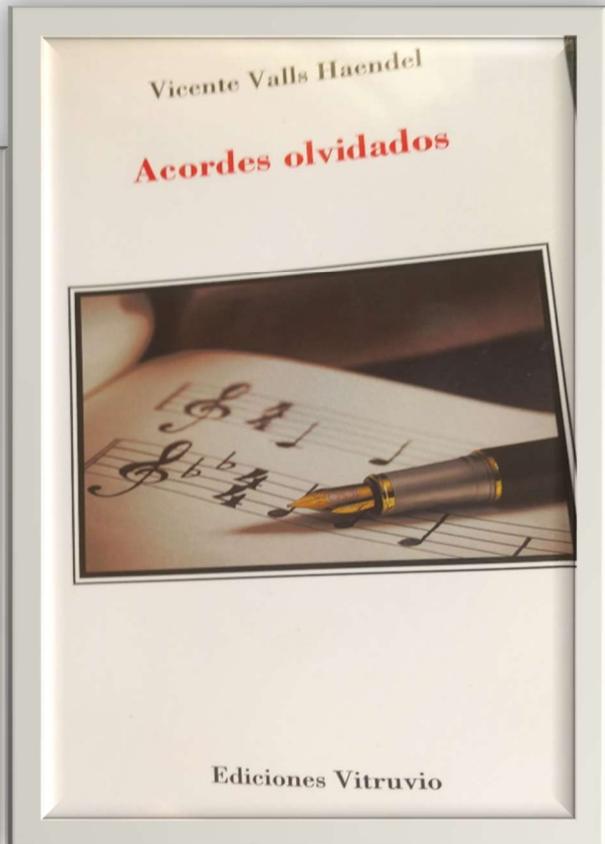
**Yo, recuerdo.**

**Eres poeta,**

**soy tu verso.**



# caminante recomienda



Si la poesía peca de triste, Caminante trae una lectura gozosa: el último libro del poeta e historiador Vicente Valls Haendel, titulado *Acordes olvidados*, editado por ediciones Vitruvio.

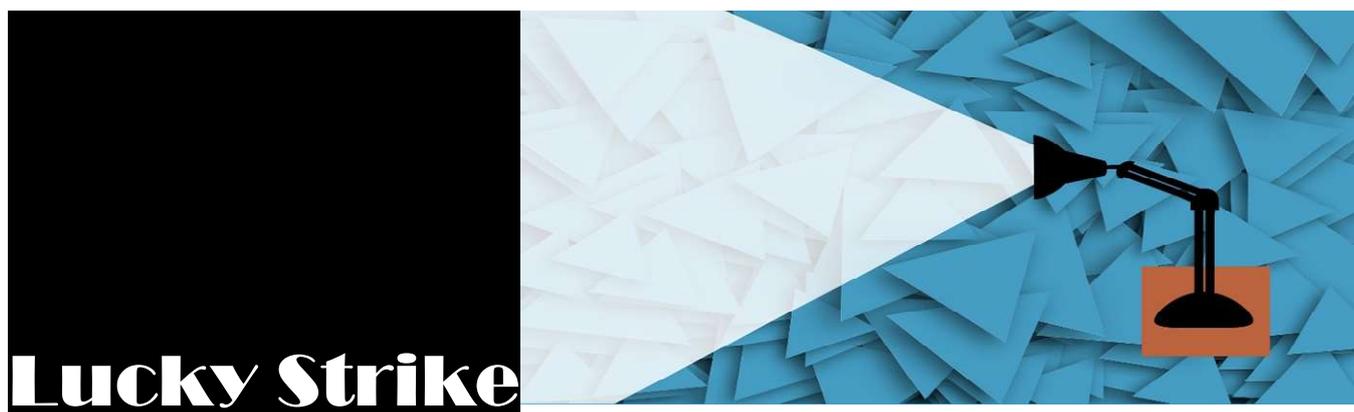
Desde el principio, la música cadenciosa de Vicente Valls nos traslada a unos temas clásicos y sorprendentes, de modo sencillo y profundamente eficaz, siendo verdaderamente un gozo su lectura y demostrando que no hay que imitar las oscuridades de los poetas malditos para congraciarse con la naturaleza del ser humano y sus paradojas.

Este su tercer libro es realmente un solaz, un despejar las dudas turbias sin obviar el dolor de la existencia con sus goces. De acertado y pulcro vocabulario, poseen sus versos una hermosa cadencia jalonada en rimas asonantes, sin abusar y sin caer en el ripio ni en los lugares comunes. Temas de siempre (“tempus fugit”) junto a sorpresas (“Gente rara”), Vicente Valls demuestra con su sencillez precisa y sabia la falsedad del moderno postureo poético. Una lectura que no os debéis perder.

# Sueño

En el ojo del sueño todo es posible hasta la realidad. El pájaro canta por la nube que pasa, la nube se desliza por el cielo creado, llevando el ritmo ingenuo de aquel mismo pájaro. En el sueño, en el sueño, volaban y volaban, el pájaro y la nube, como piedras de aire con alas de agua, como rocas de fuego con viento de tierra. Mientras, en el suelo, en el suelo, se despertaba una bella y hermosa flor, contemplando adormilada, aquel instante del sueño. Donde el pájaro y la nube, volaban y volaban, cerca del suelo, cerca del cielo.

## Jorge de Santaella



Día afortunado, golpe de suerte...  
Sorpresa: " Una pluma, un arco- iris,  
un nombre, una fecha, un número, un escrito  
en cualquier libro abierto al azar..."  
te dicen algo en el hoy,  
en el momento presente.  
Sigue la estrella, sigue la intuición.  
Las líneas del tiempo se entrelazan entre sí.  
Universo. **Frey Yorke**

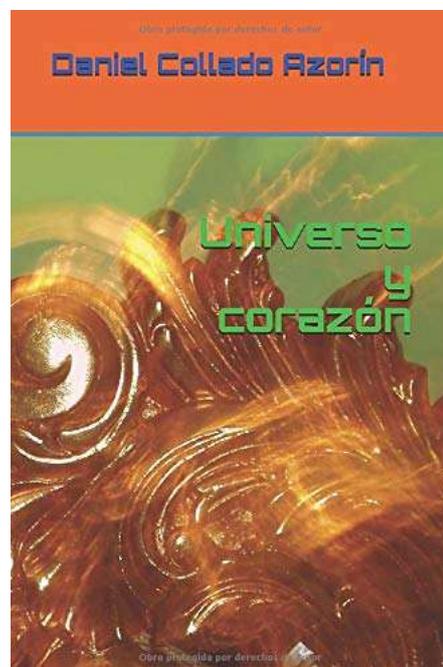
# **Buenas noches, princesa**

**Daniel Collado Azorín**

## **Poemas del amor nuevo VI**

**Buenas noches princesa;  
buenos días mi reina;  
porque tú coronas mi sueño  
y haces de mi reino un territorio;  
liberas los esclavos que hay en mí  
y me haces sentar a tu lado  
proclamando la ley inexorable  
que une el amor con la luz del día;  
de noche mi alma campesina se despierta  
para arar los campos de tu cuerpo  
y celebrando por una vez dos veces o tres,  
mi ansiada tormenta sobre ti,  
la plenitud catártica y liberadora,  
soy la burguesía de tu capricho:  
ese comerciante poseedor de las caricias  
que busca cada día un marketing de la  
seducción;  
soy el cronista de tus efluvios,  
el abogado de tus insomnios,  
el psicólogo de tu inquietud agitada,  
el médico de tu salud irreverente.  
Un día más me haces tuyo,  
como si fuera una vida aristocrática  
presta a satisfacer tus ancestrales deseos:  
Soy el barón de tus labios,  
el conde de tus senos,  
el marqués de tu sexo,  
el rey de tu cuerpo.**

**Y Jadeas coronándote mi tronco  
mientras te reverencias a mis labios,  
calientes como pan caliente;  
me haces introducir en tus aposentos  
la vara de mando según mi capricho  
y fustigas mi vigor atrapándolo,  
aprisionando mi asiento con tus piernas  
y de tus fuentes bebo la ambrosía  
salivándote como perro hambriento,  
mientras montas tanto y tanto montas  
hacia la blancura irrefrenable de mi riego,  
que tu detienes y contienes,  
que yo vierto y te divierto:  
Oh mi reina, vencimos a la muerte.  
Ojalá mañana sea cierto,  
ojalá me reines siempre:  
soy tu hombre.  
Soy tu pueblo.**



# CINE

(1) Bajó en la estación Diagonal Norte, subió las escaleras y caminó como ausente. Como cada jueves Roberto se dirigía al cine. En un principio la esposa había ofrecido alguna resistencia a ese programa de los jueves de su marido, poco después se acostumbró. A Roberto no le gustaba el fútbol ni ningún deporte, no era muy sociable ni tenía otro hobby, así que los fines de semana desde que volvía de la media jornada laboral del sábado, los dedicaba a la familia (con infaltable salida o paseo cada domingo), familia a la que además con su profesión brindaba una vida no lujosa pero sí muy cómoda. Laura sopesó esas ventajas y entendió que no podía reprocharle que un día a la semana llegara tres horas, tres horas y algo más tarde, aunque como tácita compensación ella empezó a salir los viernes con sus amigas y Roberto se ocupaba del cuidado de Mateo.

Algunos jueves cambiaba las salas del centro por la de algún shopping más cercano a su casa. A la esposa no le atraía el cine. Y aunque no solía mirar películas, cuando se daba la conversación afirmaba con convicción que odiaba el cine argentino. Si la cartelera se encontraba copada por varios de los llamados tanques de hollywood, como ocurría de vez en cuando, y las salas atestaban, Roberto prefería saltarse un jueves, o dos o tres, esperando con penosa paciencia que pase el furor y al fin poder volver a ocupar alguna solitaria butaca. En esos casos en que huía de las multitudes llegaba temprano a su casa y le

mentía a Laura que el trabajo estaba imposible y agotador y sin la menor gana de ir al cine, solo quería llegar, ducharse, cenar y acostarse. Como parte del ritual de los jueves, compraba pastillas de anís y caramelos de café, detestaba los pochoclos y los ruidos de los que comían pochoclo. Comía un caramelo o dos antes de que empiece la proyección y luego se concentraba en sus pensamientos.

El cine europeo o el llamado cine independiente podría ser una buena opción, imaginaba que algún esnob y unos pocos fieles de esa cinematografía se distribuirían por la sala tomando buena distancia unos de otros. Los que iban en pareja indefectiblemente se ubicarían en algún extremo. Pero terminaba por desechar esa posibilidad, convencido, aunque no hubiera podido explicar el motivo, de que en esas salas se sentiría verdaderamente mal.

(2) Un jueves a la salida de la función de una película nacional -protagonizada por la figura televisiva del momento-, se encontró con el nuevo compañero del trabajo. Los dos se sorprendieron. A Roberto le pareció raro que su compañero no comentara en el almuerzo que iría al cine esa tarde y pensó que el compañero podría estar pensando lo mismo de él.

El compañero le dijo que había ido para acompañar a una amiga que en ese momento estaba en el baño. ¿Más o menos la peli no?, lo sondeó el compañero y a su vez le comentó que él prefería otro tipo de cine; una sombra de desconcierto nubló por un instante la mirada de Roberto, se rehízo y soltó dos o tres adjetivos genéricos y contrajo los músculos de la cara para sostener sus propias palabras que le sonaron poco convincentes. Se hizo el desentendido con la alusión al “otro tipo de cine”. El compañero le propuso ir a tomar algo con ellos, Roberto miró el reloj, otro día sí, hoy ya le dije a mi mujer que cenaba en casa, se justificó.

**A la esposa no le atraía el cine. Y aunque no solía mirar películas, cuando se daba la conversación afirmaba con convicción que odiaba el cine argentino.**

Sabría al otro día si su compañero había simulado encontrarlo por sorpresa a la salida, porque antes en la sala había preferido evitar la incomodidad o el desconcierto de preguntarle qué le pasaba, al verlo y reconocerlo en el ángulo superior, llorando casi con sollozos. El compañero parecía un muchacho bastante discreto, pero él tenía muy claro el riesgo de que se entere el resto, que la mejor intención se disipa cuando en una charla en la oficina o en el almuerzo en el bufet amenazan el silencio y el aburrimiento. O quizá el compañero le preguntara a solas si podía ayudarlo en algo, que lo disculpe pero que no pudo evitar verlo llorar en la sala del cine.

**Roberto se había cuidado muy bien en la oficina de desprestigiar el cine comercial, para así poner una barrera con sus compañeros y evitar comentar las películas que ellos veían**

El compañero comentó en el almuerzo casi accidentalmente que se habían visto, con tal naturalidad que Roberto se distendió casi con brusquedad. Roberto casi no vio la película o la vio de ratos y sin mayor atención, pero había tomado la precaución de leer dos reseñas del film, por si el compañero nuevo puntualizaba alguna cuestión u otro compañero preguntaba algo sobre la película, lo que no ocurrió en lo más mínimo. Roberto casi no vio la película, como casi no veía ninguna de sus películas de los jueves.

Al menos desde hacía unos dos años, cuando una tarde en medio de la proyección de una película que ahora no podía recordar y por alguna causa que tampoco ahora podía recordar con precisión, le brotó de pronto un llanto incontenible, con disimulo sollozó unos cuatro cinco minutos, entonces así como vino el llanto se fue.

(3) Sí recuerda muy bien que se levantó y se fue de la sala, como si despertara de un profundo descanso o de un sueño muy agradable. Desde esa experiencia, cada vez que entra al cine sabe que en algún momento, sea cual fuese su estado de ánimo, sobrevendrá el llanto, sin que nada en particular lo anuncie. Con el tiempo aprendió que no tardaba mucho en surgir, por eso, por pudor, se sentaba lo más lejos posible de otra gente (elegía filmes del circuito comercial pero no masivos) y sin interesarse casi por la película se dejaba ir hasta que ocurría. Si alguien se ubicaba cerca imprevistamente o un

grupo grande ingresaba a último momento

imposibilitando las distancias, silenciaba el llanto, contenía los movimientos del cuerpo, colocaba las manos a modo de pantalla con los índices sobre las sienes y cerrando los ojos permitía que el proceso fluyera como una corriente submarina. Después se iba o se quedaba hasta que terminara la película, le era indiferente.

Roberto se había cuidado muy bien en la oficina de desprestigiar el cine comercial, para así poner una barrera con sus compañeros y evitar comentar las películas que ellos veían o la posibilidad de que alguno le proponga acompañarlo en alguna ocasión. Aunque aclaraba que también podía ver ese cine comercial, porque hay que ver todo. Si bien podía explayarse, fulminar en dos frases o latiguillos o dejar traslucir alguna indecible emoción sobre cualquier película vanguardista o independiente (que solo aparentemente eran las que prefería), el comentario del compañero lo ponía en alerta de hallarse ante un auténtico conocedor de “ese otro cine”, en riesgo de quedar al descubierto como un farsante ante el personal, arruinado su módico prestigio de entendido en la materia.

Entonces consideró prudente leer cada semana las críticas de distintos medios sobre los estrenos del cine más experimental y googlear antecedentes de los directores. Decidió dedicar también los jueves a esas lecturas, llegaba del cine, cenaban, jugaba un rato con su hijo, le comentaba a su esposa algún episodio de la oficina, por lo general mínimamente digno de mención, y cuando la esposa se iba a dormir, se servía un whisky, se recostaba en el sillón del living y leía artículos en la tablet.

Unos días después se encontraron en el baño y el compañero le habló de un cineasta y de que su última película se estrenaría en el próximo festival de cine de Mar del Plata. Roberto conocía apenas a ese director pero enumeró rápidamente tres o cuatro películas suyas, y sobre una de ellas ofreció un pantallazo sobre un

aspecto técnico del que había leído unos días atrás. El compañero asintió admirativo, pero Roberto cambió de tema con calculada humildad.

(4) Ese principio de noviembre Roberto convenció a su mujer, con mayor facilidad de la prevista, de que como contaba con unos días de vacaciones pendientes del trabajo y de que necesitaba desconectarse, aprovecharía para ir una semana al festival de cine de Mar del Plata. Seguía creyendo que las películas que se proyectan en esos festivales afectarían su ejercicio del llanto porque, sin saber por qué, lo harían sentirse verdaderamente mal y disperso, pero experimentó un fuerte impulso de hacer esa escapada. Refirió, como si su esposa las conociera o le importara, algunas películas que llegaban en exclusiva al festival.

Al día siguiente, le dijo en tono confidente al compañero nuevo que para evitar inconvenientes o algún comentario en sorna del Gerente (del tipo ¿¡tomarse licencia para ir a ver películas!?), había inventado un tema de salud de un familiar cercano que vivía en Córdoba, pero que en realidad asistiría al festival de Mar del Plata. Enseguida repitió la lista de películas mencionada a su esposa. El compañero le recordó la que le había mencionado unos días antes, y le dijo que le parecía perfecto que se tomara unos días con tantos años de antigüedad en la empresa y que él en su situación lo hubiese hecho. Lo dijo con un tono y expresión que denotaban que en verdad se alegraba por el recreo que había decidido tomarse Roberto. Tras una pausa agregó que ninguna de las películas que nombró Roberto le sonaban, para nada remarcó, pero bueno a la vuelta me contarás, completó y le palmeó el hombro.

Roberto decidió que los dos jueves previos al festival de Mar del Plata no iría al cine, que llegaría a su casa temprano. Esos jueves, cuando terminaba la jornada de trabajo se sentía brutalmente desocupado, con la angustiada sospecha de que algo muy importante faltaría en su vida si ningún otro jueves pudiera ir a la sala, salir en medio o al final de la película, tomar el subte y el tren hasta su casa, saludar con un beso a su esposa y a su hijo y cenar mientras comentaban las novedades del día, y después un café o un whisky, una ducha y a dormir. Prefirió ir en micro a Mar del Plata, para desentenderse también de la revisión del estado del auto y de tener que manejar largos tramos en una ruta seguramente solitaria a esa altura del año. Llegó a la terminal casi una hora antes del horario de salida. Al sentarse junto a la ventanilla disfrutó recuperar la imagen y la alegría de su viaje de egresados a Bariloche, en sus ya algo lejanos tiempos de escuela secundaria y enseguida se acusó decursi. Salió el ómnibus y apenas cruzó la Capital Roberto se durmió.

**Llegó a la terminal casi una hora antes del horario de salida. Al sentarse junto a la ventanilla disfrutó**

(5) Lo tuvieron que despertar en la terminal de Mar del Plata. Se despertó de buen humor, con el vago recuerdo del sueño que había tenido, en el que su madre le decía ¡qué feo llegar a viejo hijo! Tomó un taxi hasta el hotel, se instaló en la habitación, se dio una ducha y se fue a almorzar al puerto.

Cuando se disponía a dormir una siesta se acordó de llamar a Laura. Le iba a mentir que se había atrasado el micro y que por eso no llamó antes, pero recapacitó que ella tampoco había llamado y entonces solo le informó que había llegado bien. Estaba todo en orden por allá también, que disfrute, le pidió Laura.

Esa noche salió a caminar y consideró no ir al festival y tomar algún rumbo imprevisto.

Después de hacer cinco o seis cuadras dejándose llevar, le perdió el gusto al vagabundeo y encaró hacia el hotel sede del festival. A medida que se acercaba el tumulto en las veredas crecía, cuando llegó a la altura del hotel para cruzar la calle, ya había una pequeña multitud.

Era la primera vez que iba al festival y no previó lo dificultoso que sería encontrar alguna sala no muy concurrida. Ese primer día eligió al azar una película del catálogo. Al comenzar la proyección había más de un noventa por ciento de butacas ocupadas. No era la primera vez que se encontraba rodeado en una sala, pero quizá porque desconocía el ambiente no podía concentrarse en sí mismo, se distraía con alguna escena del filme y solo cuando transcurrieron casi dos horas de proyección, dos breves suspiros acompañaron un

breve llanto, esperó unos instantes pero eso fue todo. Vaciló entre irse o quedarse pero terminó de ver la película y cuando los créditos ocuparon la pantalla se retiró con algo de fastidio.

El segundo día, ya prevenido, volvió a examinar el programa y dio con un documental sobre un director centroamericano que sospechó bastante menos convocante que el resto de la cartelera. Otra vez una sala despoblada. Lamentó no haber comprado caramelos. Empezó la proyección y después de unos quince minutos presintió el desahogo. Antes de sollozar escuchó un sollozo. Una cabeza de mujer, agitada por leves pero cada vez más constantes movimientos, asomaba apenas contra el respaldo de una butaca tres filas hacia abajo. A la mujer no parecía importarle que la vieran o la escucharan, aunque solo Roberto, entre los tres o cuatro espectadores esparcidos por ese sector, reparó en ella. Era obvio que ese documental no podía generarle tamaña emoción.

(6) Cuando la mujer inclinó la cabeza hacia adelante y comenzó a moverla de un lado a otro como negando una fatalidad, Roberto, ya ajeno a su propio llanto, se desplazó sigiloso hacia la mujer. Se sentó a dos butacas de ella, permaneció unos minutos en silencio sin que ella percibiera su presencia, al fin pudo preguntarle si podía ayudarla en algo. La mujer, sin dejar de llorar, giró la cabeza hacia él pero no le contestó, luego se tapó la cara con las manos y liberó el llanto con un sonoro quejido. Roberto volvió a su lugar pero no podía dejar de mirar a la mujer, le resultó extraño que nadie más le prestara atención. Se sobresaltó cuando alguien desde atrás le tocó el hombro. Amigo, dijo la voz, no se preocupe, esa es una loca que viene al cine a llorar, desde hace años, ni mira la película, ya le echaron muchas veces, acá ya la conocemos todos, usted debe ser la primera vez que viene al festival ¿no?. Roberto respondió un rápido sí y se levantó y salió de la sala. Caminó rápido hacia el hotel. Después de darse una ducha decidió volver a Buenos Aires esa misma noche, consultó a la empresa de ómnibus y le informaron que a la una salía un micro hacia Capital. Llamó a Laura y le dijo que no se asuste pero que volvía porque se había resfriado con el aire de mar y se sentía con fiebre y muy decaído. Armó su valija y avisó en la recepción del hotel que se retiraba por un inconveniente familiar.

A la terminal le dijo al taxista y le pidió que prenda el aire acondicionado, la noche era sofocante.

## Marcelo Bianchi

la besa de mañana.

## Suerte

Cuando pasan por la vereda,  
no hay nada que detenga su burbuja:  
ella camina por el valle de las reinas  
y alguien no tan cualquiera  
la ornamenta con palabras sinceras.  
Vienen de un lugar con música y alcohol;  
su blusa muestra que debajo hay amor.  
Ella sigue su recorrido, delante,  
y alguien le recuerda la brisa.  
Van ahora en frente  
ya seguros que no hay nada que interrumpa nada.  
Ella detiene su andar de la madrugada  
y alguien no tan nadie

## Flora FORCHETTI



# Espera

Abrió con lentitud una de las puertas del placard; luego la otra. Permaneció de pie un largo rato, con una enorme sonrisa en el rostro, contemplando el vestido de seda blanco envuelto en una bolsa transparente de tintorería.

El velador de la mesa de noche alumbraba de forma tenue aquella oscura habitación, y la pequeña bombilla amarillenta que pendía del techo sin una tulipa que la envolviera, brindaba un clima cálido que contrastaba con el exterior frío y nocturno.

Eran alrededor de las diez de la noche, y se encontraba sola en casa.

Descolgó la percha y depositó la prenda sobre el acolchado rosa con sumo cuidado, como si se tratara de un ritual. Quitó la cobertura y acarició la seda con las yemas de sus dedos. El vestido era corto y sin breteles; entallado hasta la cintura y luego suelto. Volvió a sonreír con solo imaginárselo puesto.

Caminó hasta su tocador de maquillajes y se sentó frente al espejo. Encendió una pequeña radio Spika y sintonizó a la célebre Edith Piaf: necesitaba música para relajarse.

Con una base beige clara cubrió las imperfecciones de su rostro; luego, simplemente acentuó sus rasgos delineando el contorno de los labios y ojos y resaltando sus protuberantes pómulos. No se sentía cómoda llevando mucho maquillaje, pero aun así le gustaba verse bella y diferente en ocasiones especiales; y ninguna ocasión era tan especial como aquella.

Se tomó el cabello de la parte superior de su cabeza, por encima de sus orejas, y lo

recogió con ayuda de un broche de piedras negras. La mitad restante de pelo quedaría suelto, lacio, rasante a la cintura.

Se puso de pie y se acercó nuevamente a la cama. Se corrió de los hombros los finos breteles del largo camión blanco que llevaba puesto y éste se deslizó en forma descendente por todas las extremidades, hasta caer al suelo y descubrir un armónico cuerpo de tez sumamente blanca, curvilíneo, tan solo cubierto por un conjunto de ropa interior color beige.

Recogió el vestido y se lo colocó por encima de su cabeza. Lo amoldó a su cuerpo y se acercó una vez más al tocador de maquillajes, donde permaneció largo rato de pie frente al espejo, observando cada detalle de aquella figura que se reflejaba.

Subió el volumen de la radio, cerró los ojos y al compás de la melodía imaginó las horas venideras de aquella noche. La tomaría de la mano y la escoltaría desde el umbral de su casa hasta el automóvil. El estado de exaltación se iría disipando a medida que el tiempo pasara y la presencia de aquella persona se fuera habituando a la suya. La ansiedad y la intriga de su corazón y mente por conocer el desenlace de la velada, irían borrando poco a poco las molestias que su estómago sentía debido a los nervios. Finalizado el recorrido en auto sobrevendría la sorpresa: ¿se trataría de una fiesta? ¿Una cena? ¿O ambas? Y en este último caso, ¿qué opción vendría primero?

Sacudió elocuentemente la cabeza imaginando que, de esa manera, toda la información que se colaba por las intersecciones de su cerebro se esfumaría, despejando y liberando su mente.

Reacomodo superficialmente su cabello, recogió de la mesita del tocador el perfume

y acciono varias veces el atomizador alrededor de todo su cuerpo. Se colocó labial rojo y esbozó una última sonrisa frente al espejo. Se sentía y veía espléndida. Y hasta sintió un poco de culpa por los dejos de egocentrismo que su actitud denotaba.

Recogió su pequeño bolso de salida y guardó en él las pertenencias y elementos básicos para aquella noche. Apagó la radio y a continuación las luces de la habitación. Salió del cuarto y cerró la puerta tras de sí.

Recorrió el pasillo con parsimonia, agitando la carterilla que su mano derecha cargaba. Se tocó cuidadosamente la frente y sintió tranquilidad al notarla tersa y totalmente carente de humedad: los nervios no la estaban traicionando; o por lo menos no todavía.

Descendió las escaleras y al llegar a la planta baja apagó todas las luces restantes de la casa, excepto la del porche: la necesitaría.

Salió de la casa, cerró la puerta y la aseguró con la llave correspondiente. Caminó unos centímetros bajo el umbral y se sentó en el primer peldaño de la pequeña escalerilla de madera que comunicaba el porche con el inmenso y colorido jardín delantero.

Inspiró y expiró profundamente. El cálido aire de verano le estremecía el cuerpo. El cantar de los grillos le acariciaba los oídos, y los insectos atraídos por la luz que comúnmente resultan molestos, eran para ella una preciada compañía.

Se quitó el reloj de pulsera y lo dejó a un costado. El vidrio estaba roto y las agujas detenidas en una hora que era imposible visualizar. Se abrazó a sus rodillas y extrajo de la carterilla de noche un extenso pañuelo blanco al que se aferró

fuertemente con ambas manos: lo necesitaría también.

Comenzó a parpadear, cada vez con mayor frecuencia, hasta que la primera lágrima de la noche se desprendió de su ojo y se echó a correr por la mejilla. Bajó la cabeza y clavó la mirada en la desierta carretera; una carretera que permanecería desierta todas las horas que restaban; una carretera que permanecería desierta todas las noches que vendrían, como todas las que habían quedado en el pasado; una carretera que permanecería desierta para siempre, porque aquella noche sucedería lo mismo que las pasadas y las venideras: Nadie la recogería. Nunca.

**Paola Andrea Rinetti**



**Mi casa**

**Mi casa, que no es mía,  
huele a quemado.**

**Echo de menos la poesía.**

**En mi casa, que no es mía,  
hay una factura entre mis poemas.**

**Concepto:**

**«No escribas».  
Yo me lo creo y me apago en esta casa;  
en mi casa que no es mía.**

**Lola Ortiz Vargas**

## Vida a la vuelta de la esquina

**Sonia Concari**

Durante meses, los charcos fueron secándose bajo el sol abrasador. El cielo gris haciendo falsas promesas de lluvias. Un croar lánguido acompañando el éxodo. La calle cubierta de pequeños batracios, alfombrándola de motas negras, brillantes, resbaladizas.

Imposible cruzar. Pegada a las suelas de los zapatos y a las ruedas de las bicicletas: una pasta pegajosa, oscura y maloliente. Algunas ranas, aún con fuerzas para saltar, yendo tras una ruta instintiva, conducidas por la líder.

Los habitantes, caminantes indiferentes, abrumados por esa invasión desconocida de vida, apagándose con prisa.

En pocas horas, el sonido de las ranas muerto por bocinas y gritos. La calle nuevamente limpia. La ciudad recobrando su cemento, olvidando la vida a la vuelta de la esquina.

Mi casa tiene una puerta grande  
por la que ya no entra nadie.

Mi casa tiene muchas escaleras  
por las que sólo sube el viento.

Mi casa tiene oscuras ventanas  
por las que no penetra la luz.

Mi casa tiene espejos mágicos  
donde se refleja el olvido.

Mi casa tiene camas dormidas  
donde el amor se acuna solo.

Mi casa tiene armarios blancos  
donde se guardan los secretos.

Mi casa tiene etéreos recuerdos  
pegados a sus desconchadas paredes.

Mi casa tiene silencios dementes  
que enloquecen en la noche.

Mi casa tiene ausencias sombrías  
de mil espectros invisibles.

Mi casa tiene lágrimas amargas  
que se ocultan en los rincones.

Mi casa tiene flores marchitas  
que adornan enmohecidas tumbas.

Mi casa es tan sólo un precipicio  
por el que camino descalza.

Tengo una casa que huele a desierto.

**Pilar Pérez**

**Viñuales**

Alagón (Zaragoza)

## NOCHE CERRADA (Percepciones del Ukuko)

### NEFTALI

Desde que se supo de su presencia en el pueblo, los viejos multiplicaron sus cuidados con sus hijas y nietas. Desde los primeros tiempos de su aparición se conocían también sus intenciones, aunque algunos como yo teníamos nuestras dudas. Y no es que estuviéramos cansados de cuidar a nuestras mujeres, pues ya se sabe que demasiados cuidados no son suficientes, sino que había algo en él que no era del todo malo, más bien expresaba astucia y tenía ese signo burlón de Los Yungas de donde decían que provenía y que además era hijo del taita cura.

Llegué aquí escapando de mi padre, el taita cura, yo amaba a mi madre, enorme y valiente, sé que soy distinto, soy imagen de ella. Pienso y hablo, eso se lo debo al taita, tal vez me veo amenazador, aunque cuando voy por la plaza y me siento a mirar a las mujeres, ellas no demuestran temor, compasión como a un *huaccha*, eso sí.

Pero los hombres aquí, han sido forjados entre el frío y la lucidez de la coca, no cantan, son solo silencio y a veces pena, en medio de ellos, soy el engendro que baila.

Apareció la primera vez en la fiesta de la Santísima Cruz de Marzo, bailó brincando al lado mismo del Supay mayor que quedó atónito con tanta algarabía. Yo lo había visto de cerca y era peludo como un oso, sus ojos parecían contar algo inexplicable y con esas historias engañaría a alguna muchacha, se la llevaría monte arriba y ella no retornaría hasta la tarde siguiente. Yo llegué a la conclusión, que estos robos de muchachas, más que robos, eran fugas y completamente voluntarias, el engendro tenía el encanto de los brujos montaraces y no es que nosotros, los jóvenes, le tuviéramos envidia. Una vez le pregunté a mi mujer, nos habíamos casado dos meses antes de que llegara, qué pensaba de Pablucha y me dijo que trabajaba trasladando hielo. Hecho un demente me pregunté, cómo sabía ella eso y desde aquella vez, decidí observar detenidamente a Pablucha y determinar las causas de la atracción.

Esta sensación caliente que me cubre cuando escucho la música y el rumor de la danza, me estimula, soy primitivo y no sé controlarme, entonces reviento y me invade casi el mismo estertor de la caricia a una joven, morena y suave. Y bailo como poseído, el Supay solo me mira tratando de comprender. El acuerdo que tengo con él es tácito, no tocar a su mujer, por eso llevo atada a mi cintura esta medalla de mi padre, y el Supay se da por bien servido.

Un ser de la noche, eso era él, llevaba atada a la cintura una pequeña imagen de la Santísima Trinidad. Mestizo como soy yo, me resistía a la mixtura de Pablucha, medio oso, medio mono, medio hombre, no cabía definirlo, era nada, un error al que por algún traspie de nuestros dioses

Esta sensación caliente que me cubre cuando escucho la música y el rumor de la danza, me estimula, soy primitivo y no sé controlarme, entonces reviento y me invade casi el mismo estertor de la caricia a una joven, morena y suave.

se le había encomendado la noble tarea de transportar el hielo del Apu Ausangate y ser el principal partícipe de los inicios del Incarri. Me hubiera gustado que muera, que alguna de las muchachas que se fugaba con él le diera a beber el agua que nosotros tomamos y verlo desvanecerse como la niebla.

**Y ella llegó a buscarme  
y yo sabía de antemano  
lo que iba a suceder  
porque queriéndola así,  
yo era capaz de recibir  
todo de sus manos.**

Cuando yo la ví, tenía ese andar entre vago y seguro, recordé por un momento al brujo Merino, y ella en su rostro tenía ese mismo signo, pensé que era de Los Yungas como yo y la quise desde entonces. Comencé a seguirla, yo trasladaba el hielo del Apu Ausangate y cuando me cansaba o sentía la espalda fría, solo podía imaginar la forma de robarla o tal vez, según decían, no sería necesario y ella llegaría a buscarme aquí entre la blancura y la soledad del Apu.

Y Pablucha, según decían, era mágico. Alguna noche, cerrada y brutal, yo lo había encontrado haciendo conjuros entre los árboles o desde la cima de los Apus que rodean el pueblo, el bicho me miraba con una expresión que se parecía a una fiesta, como por encima, como inferior a él. En una de las celebraciones por la Santísima Cruz de Marzo, Margarita, mi mujer, se había quedado mirándolo anonadada, como a un aparecido, como si estuviera en otro tiempo, en otro lugar. El bailaba, brincada, muerto de alegría, al borde de la excitación, parecía intocable, hacía muecas al Supay mayor quien solo atinaba a proteger su capa bordada para que no la tocara. Hasta el Supay se nos hacía más simpático porque tenía ritmo, posaba para las fotos de los turistas y se llevaba mujeres solteras únicamente y por supuesto a las más perfectas, esas muchachas que tienen la adolescencia en la piel, de ojos húmedos y cuerpo esbelto y ellas, no faltaba más, se iban encantadas con él.

Y ella llegó a buscarme y yo sabía de antemano lo que iba a suceder porque queriéndola así, yo era capaz de recibir todo de sus manos. Algunos días yo me volvía hacia los otros Apus y veía algunas parejas hablando de algo indefinible o mirando en silencio todo este cielo y ahora ella aquí, sentada junto a mí, hablándome de algo indefinible, yo mirando todo este cielo y entre cada silencio y cada aliento sentía como me iba acercando al final.

Pero Pablucha, indiscriminado y taimado, cantaba en falsete y con el viento en compañía, levantaba las faldas a las mujeres que miraban el pasacalle, parecía escoger, acechar. Fueron meses los que pase entre el temor y la vergüenza de verme casi desplazado por Pablucha, parecía atraer todas las miradas, se aparecía luminoso para sumirme en la oscuridad de una duda que no acabaría ni con su muerte.

Y de sus manos recibí el agua que todos los hombres bebían, ella se quedó hasta que fue noche cerrada y empedrada de estrellas, hasta verme morir y sé que pudo ver incluso mi último pensamiento dedicado al brujo Merino que me había advertido en mi niñez que las mujeres aquí son del diablo, como el mal, lento y cálido.

# HE VENIDO A HABLAR DE MI LIBRO: **LOVELACE**



LOVELACE

## La niña más bonita de Alella

autografía

*Sólo cuando creyó que todo estaba perdido,  
entendió que el poder lo tenía en su interior.*

## El Viaje de Haidi

LOVELACE

autografía

*Ímogen Valeiro, una joven de trece años, alberga un trauma pasado en su subconsciente. Un día, éste comienza a revelarse en forma de terribles pesadillas, despertando en Ímogen sospechas de los impúdicos actos de su vecino e, impulsada por su sentido de la justicia, decide desenmascararle. Lamentablemente, su ciclo nocturno se altera de tal modo que, hostigada por la privación de sueño, la niña cae enferma; el trastorno psíquico deriva en otro y éste en un tercero hasta que sucumbe por completo a sus miedos y cometerá errores de dimensiones catastróficas. Errores penados por la ley.*

*Una mirada a la fina línea que separa  
una vida cómoda de una tragedia.*

*Una apología a la amistad.*

*Una crítica a un delito abyecto  
cometido durante siglos.*

Afectada por un trastorno pulmonar degenerativo, Haidi Grams carga con el lastre de la negligencia y el desamor de su padre, quien marcó su alma con huella indeleble, convirtiéndola en una muchacha derrotista y retraída. Tras pasar la adolescencia en un centro de menores, se ve obligada a buscar el único remedio para su enfermedad en Inglaterra, país caracterizado en esa época por tajantes medidas contra inmigración. Allí se embarca en una tórrida aventura con el irresistible Lord Ashley, a quien cautiva por completo con su cabello bermejo, su escasa talla y su candor pero éste, escarmentado de sus anteriores relaciones, se muestra receloso y mezquino con sus privilegios y su poder. Ignora que a Haidi apenas le queda tiempo.

# LA GALERÍA

La galería es un espacio de longitud diversa donde los artistas plásticos (pintores, escultores, fotógrafos, ilustradores) pueden mostrar al público sus obras

## NOVIEMBRE

Kingdom



WARRIOR



HOGAR

# EL TIEMPO ATROZ

Existe una compuerta impiadosa entre el ayer y el ahora,  
y el tiempo siempre se entromete fagocitando  
la temporalidad con un vértigo de miedo.

La razón revela las múltiples aristas de su vulnerabilidad  
y el cuerpo apenas obedece, mientras se arrastran  
los pasos por calles ignotas.

El cansancio resulta un adversario implacable,  
dispuesto a despuntar el filo de sus muchas atrocidades,  
mientras el alma pequeña trata de arroparse  
con los jirones de recuerdos que en vano se  
empeñan en esgrimir una última resistencia.

**JULIA E. DE LA IGLESIA**

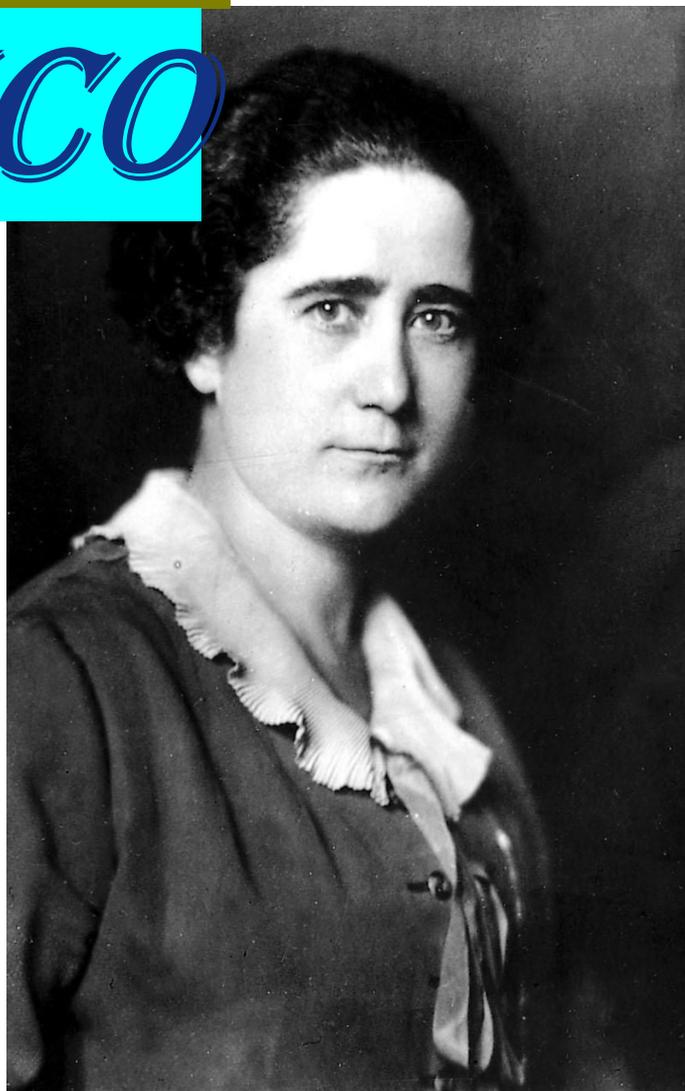
# ACRÓSTICO

**CINCUENTA AÑOS DEL FALLECIMIENTO  
DE CLARA CAMPOAMOR**

**CINCUENTA AÑOS SE HAN CUMPLIDO,  
LARGO HA SIDO ESTE TRAYECTO.  
AÑOS DE LUCHAS, PROTESTAS,  
REIVINDICANDO DERECHOS,  
AUNANDO VOLUNTADES...**

**CAMINANDO A LA IGUALDAD  
ANTE INJUSTICIAS SOCIALES.  
MANIFESTANDO OPINIONES,  
POR LAS MUJERES LUCHANDO,  
OFICLANDO ENTRE VARONES;  
AHORA POR FIN CELEBRADA,  
MADRE DE LAS SUFRAGISTAS  
OCULTADA Y OLVIDADA,  
RECORDARTE ES UN HONOR.**

**JULIÁN PÉREZ  
CUADRADO**



GRACIAS A De Virgilio Muro (1891-1967) -  
<https://www.elnortedecastilla.es/culturas/la-sombra-del-cipres/clara-campoamor-ensayista-20190517205749-nt.html>, CC BY-SA 4.0,  
<https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=117545722>

## Centón Tanático

Bajo el místico plenilunio,  
inmemorial y en este verso brilla,  
el mundo con su horario carnicero.

Nada haré sino sentir;  
vago al azar e invito a vagar a mi alma  
en una soledad impar que aqueja:  
noche del alma para siempre oscura.  
Irremediablemente, en sórdidos rincones,  
deseo aquello que ha más de costarme:  
oír a los condenados gritar  
si esta cárcel por otra al fin no trueco.  
Ahora bien ¿Soy éste que se calla?  
Cuando miro a tus ojos, profunda muerte o vida,  
a la ausencia mil veces ofrecida,  
no me resigno; no a las salas acariciantes,  
insatisfecho con lo que me queda:  
zozobra, llanto, nadie...  
Ángel lleno de gozo, ¿sabes lo que es la angustia?  
Retrocesos y avances, inmersiones y vuelos,  
eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.  
Se equivocaba.

Mas la muerte avanza en una marea,  
un color, una fecha, un pecho, un sol:  
Nueva certeza, con loca nostalgia;  
infinita verdad, intocablemente intocable...  
Como una rosa roja que fuera flor de lis,  
iremos por la vida confundidos en ella  
para florecer así, lado a lado...  
Idos todos con todas nuestras flores marchitas:  
Oh mundo, Oh vida, Oh tiempo.  
Después... téngolo dicho:  
el ser no nos ha sido dado. Somos un río solo.  
Como la espuma a la deriva en el mar inquieto,  
ufano de su nueva fortuna y su opulencia,  
el cuerpo en tierra está peregrinando.  
No me des, pues, la paz. Te pido otra cosa,  
carne, tentación, Demonio:  
ábreme la herida, ciérrame los ojos.

Je peux vous garantir et je vous  
Garantis que ce poème dis la vérité,  
Mais ceci n'est pas un poème.

**Javier González Mazarías**

## Día y prado

Abrazar el día como a un oso que te sobrepasa en cada  
lábil dimensión que te compone. Percibir tu propia ligereza y dejarte sacudir por la fuerza de  
texturas y pelajes que te exceden. Contemplar al jardinero y a su rastrillo e ir por uno tu mismo  
e intentar lo que el viejo campesino ha hecho en su jornal.  
Con el sol sobre tu cabeza y el rastrillo movido por tus dos manos y el recipiente adonde han de  
ir a parar las hojas a un costado de tus pies, observa la pradera, nuevamente verde, recién  
peinada, preparada para ser contemplada con placer por ojos ajenos. Desconoces quién  
contemplará la pradera en un siglo, pero el rastrillo y el recipiente cubierto de hojas húmedas,  
te dan la ligereza y el sentido de pertenencia que desconocías.  
Notas el sudor en la espalda y la acidez en las gotas que se ciernen en tu boca. La tierra ha sido  
trabajada por el campesino pero también por ti. Sin embargo, en ninguno de los dos ha de  
quedar más que el rastro de la tierra sobre los dedos y las palmas de las manos. Y al final, la  
ligereza, que ha de percibirse en cada ráfaga de viento que pone en movimiento la pradera.

**Mauricio López Osorio**

# La balada de Brahms

Cristóbal Armando Vanegas

Es que me preguntas que cómo llegué aquí arriba y honestamente no tengo la menor idea. Si quieres te cuento lo que recuerdo, pero sí te voy a pedir que seas paciente, pues creo que me voy a tardar. Todo es medio confuso, incluso para mí y voy a tener que atar cabos sobre la marcha. Pero róleme un cigarro, no seas gacho, para agarrar inspiración.

Todo empezó esta mañana. La verdad sí se sentía raro el ambiente, brumoso y pesado. Algo no me checaba, no sé como explicarte. Estaba ahí, en mi cuarto, sentado en el borde de la cama, pero no estaba. O medio estaba, más bien... como cuando te acuestas y te empiezas a quedar dormido y no te das cuenta, pero ya estás soñando y de pronto hablas en el sueño y tu propia voz te despierta de este lado, en esta realidad, y te hace pegar un brinco.

Me sentía todo atarantado y me quedé clavado en la pared un ratote, nomás mirando las formas que revelaban las manchas. Debo haber estado así como una hora, o hasta más. Y seguro me la pude haber seguido, pero pasó el de los tamales y me sacó del viaje. Entonces recordé que tocaba ir al mercado de chácharas y eso me regresó al mundo. Me despejé un poco con unas cachetadas, me vestí y salí a lavarme la cara en la pileta, para acabar de quitarme la modorra. Luego me escabullí, para no encontrarme a nadie. No me gusta mucho platicar, como te podrás dar cuenta. No, en serio, no es broma. Ahorita se me soltó la lengua porque eres tú, pero te juro que normalmente soy bien callado. Y además ni me gustan mis vecinos, ni yo a ellos. Nos evitamos mutuamente desde hace unos años.

Me encaminé a la parada del trolebús para tomar el ruta dos. Sí sabes cuál es ¿no? Es el que se va por toda la Avenida Colón, rumbo al oriente. Atraviesa toda la ciudad de oeste a este y llega hasta el rastro. Pasando el cerro colorado hay un mercado bien bueno, donde venden unchorro de fayuca y mercancía robada. La verdad yo no le entro a eso, ni lo necesito, y además no me gusta gastar en esas cosas. Sobrevivo con la pensión que me dejó mi mamá, pero tampoco estoy para andar gastando a lo wey. Bueno, como te decía, pasando la fayuca en la parte de atrás, hay una sección de puras chácharas. Nomás voy por eso. Es un pasillo largo donde venden cosas antiguas y cosas usadas. Los vendedores llegan con sus cajas llenas de mil chingaderas y las arrojan sobre sus lonas, ceremonialmente, para que uno se lance a la aventura. Yo hasta veo todo como en cámara lenta. Te juro que ese momento en que te dejas ir sobres no tiene madre, es lo mejor que hay en la vida: escarbar aquí y allá entre el óxido, la grasa y la mugre. Es el salto de fe más sincero: te avientas a la mierda motivado por la esperanza de encontrar algo que rompa con toda la fealdad del mundo.

Hago ese recorrido desde hace unos cinco años. Empecé poquito después de que se murió mi mamá. Ella era una señora bien guapa. Tenía su pelo muy negro, sus rasgos bien bonitos, como de muñeca. Y además le gustaba vestirse muy bien, muy fina. Toda su vida había sido secretaria del ministerio de salud y conservaba todo su guardarropa. Luego se jubiló y se dedicaba nomás a administrar la vecindad, que había sido de mi abuelo o algo así. ¿Sabes? Algo en ti me la recuerda, creo que por eso pedí hablar precisamente contigo. También era muy limpia, decían que hasta obsesiva. Le gustaba que todo estuviera en su lugar y se enojaba mucho si no era así. Desde que administraba la vecindad la tenía muy cuidada. Diario salía a barrer a las seis de la mañana y a regar las plantitas de los maceteros que pusimos. Si había caca de los perros, la recogía y esperaba a la basura para tirar todo junto. Luego lavaba el piso con cepillo y así se le iba toda la mañana. Era bien trabajadora, los vecinos la querían mucho, nadie le hacía remilgos cuando llegaba a cobrar la renta, al contrario. Yo creo que se daban cuenta que era el orden que nos faltaba a los demás.

Por eso a todos les entristeció mucho cuando un día apareció muerta en los lavaderos. La policía ni investigó, vinieron nomás dos agentes que hicieron un reporte en tres minutos. Uno de los agentes hasta alteró todo. Se empezó a cagar de risa y movió el cuerpo de mi mamá e hizo una broma, bien pinche indolente. Se me hace que hasta estaba pedo o drogado. Yo nomás lo veía reírse con su

compañero y te juro que si sentí ganas de soltarle un putazo. Pero no dije ni hice nada, me quedé todo pasmadote. Luego llegaron los forenses, los vecinos y hasta los de una funeraria y todo se volvió un desmadre. Y yo ahí en medio, sin poder moverme. Al cabo de una semana vino otro agente para que yo firmara un acta. Ahí decía que se resbaló y se pegó en el borde de cemento y que después se desparramó en la pileta. Nomás dijeron cualquier cosa para desafanarse, estoy seguro de que a mi mamá le pasó algo más. Pero les valió soberanamente y yo tampoco quise darle más vueltas, ya me sentía muy madreado.

Cuando se murió sentí bien cabrón su ausencia. Todo se llenó de vacío, lo que es medio irónico. Nuestro cuarto se convirtió de pronto en un desierto y me surgió la necesidad de llenar los huecos que iba descubriendo cada día. De llenarlos con cosas bonitas que sonaran a ella, que olieran a ella, que brillaran como ella. Lo más fácil hubiera sido no tocar nada de sus cosas y hasta fingir que seguía en la casa. Pero sus cosas solo me recordaban su muerte. Necesitaba reconstruirla, inmortal, a través de objetos que han demostrado ser indestructibles.

Así comencé a juntar chácharas, casi por casualidad. Estaba bien triste y ver su ropa me ponía peor. Me quedé encerrado como dos semanas, tumbado en la cama. Nomás tomaba agua de la que tenía en el garrafón y comía lo que me aventaba mi vecina, Doña Maru, que había sido su amiga. Es la única que se preocupó por mí y que intentó ayudarme algunas veces. No le contesté nada nunca y se me hace que se cansó, pues dejó de intentarlo. Pero el cuerpo es canijo y en cuanto sentí verdaderamente hambre logré escapar de la cama. El hambre me motivó a salir del cuarto a buscar comida y poquito a poquito me fui animando más, hasta alcanzar cierta normalidad. Me sentía casi bien cuando vendí todos sus vestidos. No sabía qué hacer con ellos y no me gustaba verlos. Se los ofrecí a Tristán, el señor que compra ropa vieja y me dio como cien pesos, nomás. Ya me iba, pero vi que ahí en su carrito traía una cajita de música rota, de esas que tienen una bailarina que gira si le das cuerda. Le ofrecí cincuenta pesos por ella. Le hubiera dado todo lo que tengo en el cuarto, pues la bailarina se parecía muchísimo a mi mamá, pero se vio buena gente el Tristán y me la regaló.

La siguiente vez que lo vi, le ofrecí todos los zapatos de mi mamá y también sus abrigos. Ya en confianza le pregunté a Tristán donde había conseguido la cajita de la bailarina y me platicó que la encontró arrumbada en un puesto del mercado del cerro colorado, que es donde llevaba la ropa a vender. Y que luego se le olvidó en su carrito. El sábado siguiente me fui para el mercado, con la intención de buscar los engranes que le faltaban a la cajita para funcionar y poder escuchar qué canción sonaba. Me la llevé y me la llevo cada sábado por si encuentro sus repuestos. Y ya casi los encuentro todos, sólo me faltaba su perilla, pero parece ser una pieza muy rara y no había podido hallarla. Aún así, mientras buscaba fui encontrando otros tesoros. Una vez compré una guitarrita en sesenta pesos y lo mejor es que funcionaba perfectamente, solo estaba un poco madreada de unos trastes y había que cambiarle unas cuerdas, pero fuera de eso sonaba a toda madre. Otra vez compré una radio antigua bien bonita, que quiero mucho. Era una Phillips de los años treinta o cuarenta. Esa sí que no servía, pero le metí unos bulbos nuevos y quedó re bien. Todavía la tengo en el cuarto y es donde oigo música. Ojalá me la puedan traer. Nomás no vayan a hacer mucho desastre y a desacomodar todo, eh. Aunque ustedes no lo noten y piensen que es un desmadre, cada cosa ahí tiene lugar y una función específica y no me gustaría llegar y que esté todo cambiado. Por favor no me toquen nada más... ¿Sabes qué? mejor no vayan.

Bueno, creo que ya me desvié de nuevo. Ya te ves medio ansioso y te dije que fueras paciente. No me gustaría que te fueras así. Aunque no lo creas, sí me acongojo. Tu compañero se fue todo frustrado porque no le dije lo que quería oír. El quería ser el héroe que saliera en las noticias. En cuanto le comenté que solo hablaría contigo se encabronó mucho. Pensó que ya estaba avanzando conmigo, haciéndose el buena gente y dándome el avión. Entonces te vi a lo lejos y supe que con quien tenía que hablar era contigo. Que si alguien me iba a entender eras precisamente tú. Así que le dije a tu compañero y se encabronó en chinga y en silencio. Se le veía en los ojos que hasta quería darme un golpe, pero se aguantó. ¡Imagínate que me pega frente a las cámaras! ¡A lo mejor hasta me caigo y al pobre se le acaba la carrera! Por fortuna para él, se contuvo. Nomás se me acercó mucho más y me susurró que me calmara e insistió en que él podía ayudarme. Pero yo ya estaba decidido, con quien quería hablar era contigo. Así que le dije bien clarito que o te hablaba o me aventaba. Hasta hice la finta.

Hubieras visto su cara, se puso bien pálido y nomás me agarró del brazo. Luego fue que le gritó a la gente, para que te hablaran a ti. Y fue cuando te subiste. Pero ¿Dónde estaba? Ah sí. Llegué al tianguis como a mediodía, lo que no es habitual, eh. Me gusta llegar siempre temprano, pero como andaba todo menso ya llegué cuando había pocas cosas. Estuve mirando por todos lados un par de

horas y no vi nada que llamara mi atención. No encontraba algo bueno y además me empezó a dar hambre. Ya había perdido la esperanza y me estaba echando unos tlacoyos cuando me di cuenta de que había un nuevo puesto, frente a las micheladas. Tenía un toldo rojo, reluciente y alcancé a notar que en el piso había todavía un montón de cosas, a diferencia de los demás. Me terminé el tlacoyo y me fui para allá y no te voy a mentir, mi corazón se aceleró en friega, como nunca.

Cuando cruzaba entre los pasillos te vi por primera vez. Te me apareciste en la mente y todo lo demás pasó a segundo plano. No sé como explicarte, digamos que te veía como si estuvieras empalmado en el mercado, como si fueras un holograma. Estabas frente a mi y movías los labios y gesticulabas, pero yo no te escuchaba nada. Fue sólo por unos segundos. Cerré los ojos, aturdido y me detuve un momento para tranquilizarme. Cuando abrí los ojos ya no estabas, todo lucía como siempre, la gente seguía haciendo sus compras, había voces, había murmullos y los aromas del mercado seguían ahí. Esa aparente normalidad me hizo confiarme. "Nomás fue un alucín", pensé. Así que tomé un poco de aire y seguí caminando al puesto. Conforme daba cada paso me fui sintiendo más y más confundido y mareado y noté que escuchaba un zumbido en mi oído izquierdo. Pero al llegar al toldo rojo el zumbido paró. También la confusión y el mareo. Por un instante todo se detuvo. Miré al piso y vi bien clarito la pieza que faltaba hacer funcionar mi cajita musical. La tomé y se la puse. Embonó la primera. Giré la perilla y mientras sonaban las primeras notas de una balada todo se volvió blanco y brillante. Y aparecí aquí en el barandal del puente peatonal, hablando con tu compañero. Me dio mucha risa el cambio de escenario, pero me contuve en cuanto te vi.

Te reconocí en un segundo e hice que subieras. Te voy a ser franco: claro que sé como llegué aquí y lo que vine a hacer. Nada es casualidad de este lado. Te voy a tomar del brazo y nos lanzaremos juntos desde este puente y tú no vas a oponer resistencia pues, como te darás cuenta en este instante, ni siquiera puedes moverte. Vamos a caer despacito mientras suena Brahms como música de fondo y tú meditas todo lo que hiciste mal cuando encontraste el cuerpo de mi mamá en la pileta. Y te ruego que esta vez hagas bien las cosas, ya me estoy cansando de este ciclo. Pero tampoco te quedes pensando mucho tiempo, despierta antes del impacto, porque el putazo en serio va a estar bien macizo.



# LA ZONA DE CONFORT

**ELOY CALVO PÉREZ**

El hombre hace tiempo que decidió no gastar más tinta de la impresora ni dedicar un solo euro a cartas y paquetes certificados. Desde entonces, cada vez que decide enviar un texto a algún certamen o concurso literario utiliza el correo electrónico. Rápido, barato y, se mire como se mire, bastante impersonal, hecho que agradece profundamente. Adjuntar el archivo, word o pdf, saludos cordiales y a esperar a la fecha del fallo.

Si la cosa va bien, unos días antes, se recibe un email con la buena nueva y en caso de no recibir nada, si te he visto no me acuerdo o a otra cosa mariposa, que resulta menos grosero.

Es por ello que, cuando recoge el correo del buzón, le extraña encontrar la carta de una editorial, aunque a decir verdad el proceso emocional es algo más complicado. Sí, porque de entrada imagina que se trata de publicidad, instantes después comprueba que la carta viene a su nombre y acto seguido casi se le cae el sobre de las manos al constatar que no se trata de una editorial cualquiera sino de esa que todo el mundo conoce.

Sí, esa que otorga ese premio tan suculento y que tanto da que hablar, año tras año, cada vez que se anuncia el fallo. En el atolondramiento subsiguiente, y todavía sin acceder al contenido del sobre, se pregunta si llegó a remitir el manuscrito a la editorial y la respuesta es un sí rotundo. Cierto es que dudó bastante porque, al fin y al cabo, qué posibilidades tenía de ganar ese certamen, más allá de ninguna, pero no perdía nada con enviarlo y eso fue lo que terminó haciendo.

Intenta serenarse, y la verdad es que no estaría mal que lo consiguiera, pues en unos segundos ha pasado de suponer que se trataba de publicidad a sentirse ganador del premio literario por excelencia.

A ver, cálmate, se repite una y otra vez, solo abriendo el sobre puedes conocer su contenido. Si es que no, pues pelillos a la mar y si es que sí pues... No puede finalizar la frase. Escuchar el segundo de los síes y sentir la necesidad de sentarse en el sofá es todo uno.

Hay que entenderlo. Está preparado para el no, pero el sí son palabras mayores. Entrevistas, presentaciones, galas, recepciones, conferencias, ruedas de prensa y sabe dios cuántas cosas más. En pocas palabras, adiós a la zona de confort.

¡Con lo que le ha costado construirla! Como si de un vulgar día de la marmota se tratara, las mismas frases retornan una y otra vez a su cerebro y en uno de esos viajes de ida y vuelta entiende que se está haciendo trampas en el solitario y que si el sí son palabras mayores el no le anda bastante a la zaga.

Y es posible que no le falte razón, porque si el sí le saca de su zona de confort el no le mantiene en esa misma zona, que lo es también de mediocridad. El reloj avanza y cada minuto que pasa con el sobre en las manos las fuerzas del no y del sí se van igualando. En ese preciso instante la batalla que se está librando no es “no ganar el premio es una decepción y ganarlo un éxito clamoroso”, sino “no ganar le condena

a seguir siendo el segundón que quería dejar de ser y ganarlo le catapulta a ser el primerizo que siempre ha rechazado ser”.

Por un momento piensa que le habría encantado ser Winston Churchill, Robert Kennedy o Fidel Castro, coger un habano y encenderlo con el maldito sobre en llamas. Lástima, porque no solo no cuenta con casi ninguna de las cualidades de los tres históricos personajes, sino que para no ir en contra de la doctrina dominante hace ya varios años que dejó de fumar.

De acuerdo, no era ninguno de ellos y había abandonado el delicioso vicio, pero eso no significaba que no pudiera quemar el maldito sobre. Desde luego, era una opción. ¡Muerto el perro se acabó la rabia! Dicho y hecho. No lo piensa más. Una cerilla en una de las esquinas y el fregadero de la cocina se convierte en testigo mudo, pero perplejo, de ese incongruente acto infantil. Después, se deja correr el agua y la prueba del delito desaparece.

Despejado el fantasma de la rabia, basta mirarle a la cara para darse cuenta de que se siente pletórico o, mejor dicho, casi pletórico. Sí, porque no se le escapa que para que todo marche sobre ruedas ha de adoptar algunas medidas complementarias.

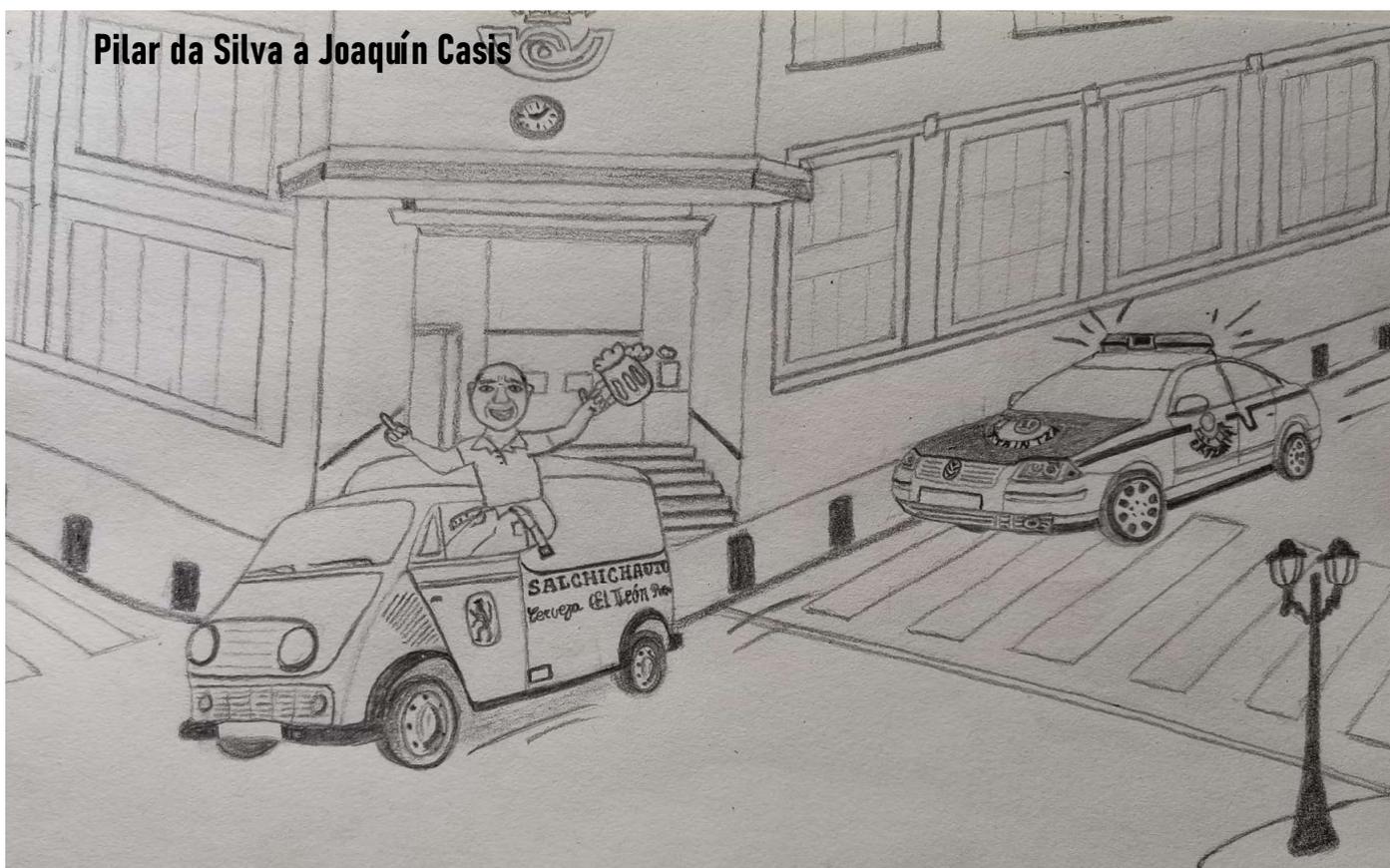
Por así decir, cortar unos pequeños flecos. Con no recoger la correspondencia en unas semanas, no atender el teléfono, no abrir la puerta a nadie y enviar a la carpeta de spam todo lo que tenga tufillo a editorial –y sobre todo a gran editorial– debería bastar.

Mira el reloj y calcula mentalmente. Han transcurrido setenta y dos minutos desde que recogió el sobre del buzón. Ha necesitado menos de hora y cuarto para resolver una situación que, a todas luces, se manifestaba complicada.

No podría asegurarlo, pero cree recordar que cuando llegó la carta con el matasellos de Suecia tardó casi dos horas en solucionar el problema. ¡Cuarenta y cinco minutos menos son, sin lugar a dudas, todo un récord!

Por fin puede sentarse delante del ordenador y seguir escribiendo. ¡Qué satisfacción haber recuperado esa zona de confort que tan amenazada ha estado! Eso, y no otra cosa, es lo que piensa mientras se promete escribir algún día un relato en el que el sí y el no brillen por su ausencia.

Pilar da Silva a Joaquín Casís



**CAZA MENOR****Javier Delgado**

El hombre disparó una vez. Luego, una segunda. Una tercera. No se han hallado registros, por lo que el número de disparos podría haber alcanzado una cifra mucho más elevada. La cámara del móvil apuntaba al objetivo. No era el cuadro de luces y sombras que arrojaban las farolas sobre los muros del casco viejo, repleto de turistas. No eran las diminutas vírgenes de piedra que observaban desde las esquinas. Un niño de 6 años. Una niña de diez. Otra de apenas tres. El hombre hubiera permanecido algo más en los callejones empinados, repletos de turistas, de no ser reclamado por su mujer y sus tres hijos menores. El viaje imponía su ritmo. No faltarían lagunas de tiempo que el hombre sabría aprovechar. En eso, era un experto. La cacería estaba resultando de lo más fructífero

**Autores pendientes de publicación**

Rafael Istúriz, Daniel Molina, Gaby Mardan, Javier Huamán, Hernando Aristizabal, Mauricio López, Abel Santos, Daniel Dannery, Facundo Fagnano, Julio Palma, C. A. Campos, Concha Mora, Susana Lizzi, Marcos Manchado, Némesis Fuster, Rocío García, Raúl Martín, Enrique Arias, Leslie Angulo, Antonio Fernández, Jesús M. Martínez, Víctor M. Valido, Francisco Bautista, Luis M. del Busto, José Carlos Martínez, Diana Huarte, Patrizio Ghezzi, M<sup>a</sup> Carmen Marruecos, Leticia Chaurand, Cristina Falcón, Nicolás Bullo, David González, Vautrin Morales, José Antonio Fernández, Rafael Restaino, Oscar de la Hoya, Xiomara Lemas, Dragón Errante, Maximiliano Sacristán, Jesús A. Leyva, Mauricio Abal, Carlos Ruiz, José E. Cabero, Miguel González, Yael Ramírez, Esteban Rodríguez, François V. Villanueva, Vicente Gasco, Mauricio Abal, Raúl Allain, Julian Pérez, Miguel González, Jerónimo Uribe, Yuli Cruz, Nelson E. Castillo, Héctor García, Fernando Larrauri, Pilar Abia, Guillermo, Francisco J. Segovia., Dany Adatto, Julio Torres, Nelson D. Navarro, Ada Sillero, Victoria Muñoz, Carlos Ruiz, Agustín Guambo, Andrés Riquelme, Ana P. Calvillo, Cecilia Galeano, José Luis España, Fernando Méndez, Cecilia Marín, Tomás Jiménez, Damián Adreñuk, Marta Pavón, Cintia Ledesma, Lara Fortina, Agustina González, Miguel Ángel Acquesta, Irene Guínez, Yuliana Lizarraga, David García, Laura S. Ortiz. Jessica Carrasco, Tomy, Omar R. González, Antonio Cano, Larissa Cruz, Jorge Luis González, Jorge Etcheverry, Aldo R. Padrón, Jackie Boulton, Rubén Don, Florencia Cuadra, Darwin Redelico, Xaviera Ringeling, Eduardo Honey, Galvarino Orellana, Cecilia Barrera, Poeta Ferdinand, Gordon Haskel.

**Lista cerrada el 26 de febrero. Se siguen haciendo lecturas, pero la admisión está más condicionada a sacar a los autores que ya hay y están en esta lista. La lista no menciona a los que habéis enviado varios materiales y se ha publicado alguno de ellos. Las obras largas tienen más dificultad, ya que solo 2 o 3 caben en la revista. Podéis enviar vuestra imagen de autor, eso ayuda bastante al hacer más gráfica la revista.**

# Carta del editor.

Ya está aquí el número de marzo y me veo reiterando algunas cosas y añadiendo otras sobre la revista. En primer lugar, gracias a todos los que nos habéis enviado materiales para su publicación, hayan sido o no seleccionados. En la página anterior tenéis la lista de autores pendientes de publicación, a los que habrá que añadir alguno más dentro del plazo. De momento no reiteraré la convocatoria aunque con gusto leeremos lo que nos envíeis. **La revista saldrá cada 7 de meses, es decir, será mensual.** La revista solo tiene 32 páginas. Por tal razón, en otra convocatoria que hagamos es probable que si pongamos límites al formato. Para los que no hayan sido seleccionados decirles que el rechazo de vuestro texto/imagen no es nada personal y **se refiere solo a ese trabajo en concreto**, en la forma en la que lo habéis presentado. Entre ellos había ideas buenas pero la realización final deja que desear. **Las puertas de Revista Caminante siguen abiertas.** Voy a ilustrar mi pensamiento al respecto con la comunicación entre una escritora y yo, a propósito de haber rechazado su poema, por falta de calidad literaria y se lo dijimos:

**"Si me permite un mínimo apunte de una persona que escribe lo que siente. Me alegro de verdad que usted tenga esa calidad en su escritura, nivel de creatividad y por supuesto exitosas publicaciones. Permítame que haga un inciso. Usted no sabe quién está al otro lado de este correo para ser tan drástico y poco empático. Tal vez, escribí y esforcé por hacer algo bonito, pero la contestación tan directa y drástica hace daño. Hablando de generalidades, matizar una cosa. Cada uno entiende la poesía como quiere, es decir, hay muchas circunstancias que abocan a sentir de manera diferente e individualmente ésta. Nadie, repito nadie puede juzgar si una poesía es correcta o no, sólo si autor y el esfuerzo que ha hecho al crearla. Por esto le comento que lo mismo podría decir de todo lo escrito por usted o no, pero siempre concedo el beneplácito de la duda porque existe libertad para escribir sin tener jueces. Y menos cuando se exponen sentimientos. Perdone las molestias y muchas gracias por leer mis líneas" M.del C.**

**Yo:** "Perdoneme si mi rechazo a su texto le ha dolido. Los sentimientos estan muy bien pero no son necesariamente literatura. Y yo dirijo una revista literaria y tengo mi criterio. No todo vale. No publicamos todo ni juzgamos lo que usted o cualquiera siente. Puede tener usted la opinion que quiera sobre mis escritos e incluso basar su opinion en tomarse personalmente mi rechazo de su texto. Es libre para ello. Desde Revista Caminante animamos a la gente a leer y a escribir. Eso nos agrada particularmente y nadie debe dejar de hacerlo, aunque no publiquemos sus textos, por nuestro particular criterio. Es cuanto puedo decirle y disculpe si le dolió el rechazo, pero las bases establecen claramente que los textos pasan una criba de selección. Así que no hemos engañado a nadie. Saludos

**Si los que habéis sido seleccionados, no figuráis en este número, será en el siguiente o siguiente... Caminemos juntos. Un abrazo a todos.**

## DANIEL COLLADO AZORÍN BIOARTIST

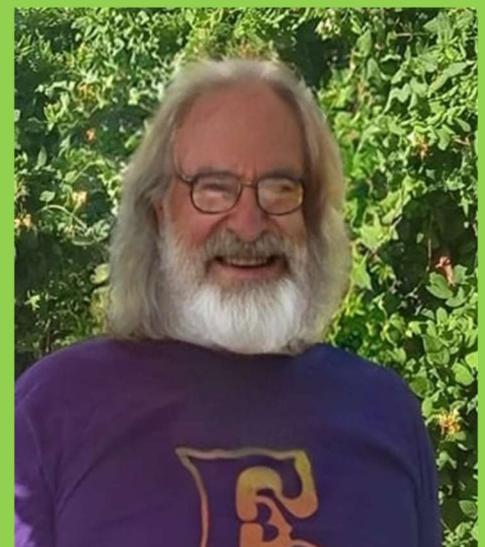
Daniel Collado Azorín nació en Madrid en 1970- Es diplomado en Educación Musical por la Universidad Complutense de Madrid.

Es autor de seis poemarios: Ensueños de fría sombra (2012), Universo y corazón (2016), Cuaderno de León (2017), Antiguo, los poemas del cajón (2018), El cigarro de la cigarra (2018) y Alguien está en el silencio (2022).

En prosa tiene editados un libro de relatos, Todos eran mis alumnos (2007) y una colección de retales periodísticos titulada Lenguas de ocasión (2021). Tequerucho de Montijo (2022) es su tercer trabajo en prosa.

Edita la Revista de creación literaria y gráfica Caminante. Ha dado numerosos recitales propios y con otros poetas y participa activamente en los micros abiertos de la ciudad de Madrid. También editó la revista Sentimientos invisibles.

Su página web es [escritordaniel.es](http://escritordaniel.es)



## Impresiones I

Mi voz en verso  
para entender el mundo,  
para borrar reproches  
que ensucian mi alma.  
Reconstruiré mis días  
de colores nuevos,  
de imágenes limpias  
que me hagan volar.  
Alumbraré el camino  
con vuestra risa fresca,  
aire puro de vida  
para curar mi pena.  
Mi voz en verso  
para vivir tranquila,  
palabras bálsamo  
para abrazar la vida.

Lucía Calderón Gómez

Acuarela de  
Edith Lomovasky-Goel

